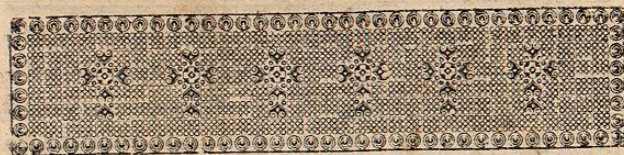
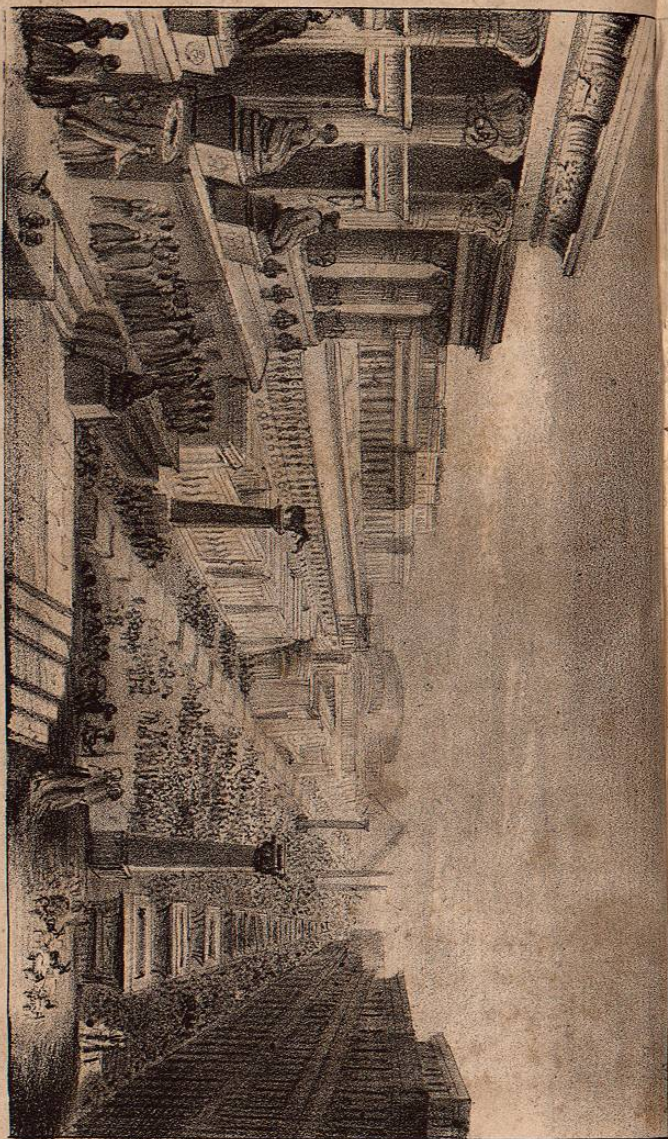


Calles de Egipto de los Hebreos.



CAPÍTULO XXIX.

SALIDA DE ISRAEL DE EGIPTO, MAR ROJO, POESIA, CANTICO.

Habiendo salido de Ramesés, donde estaba designada la concurrencia de todo el ejército, marcharon en derecha á Socoth. Eran en número seiscientos mil hombres de á pié, sin contar los niños: una multitud de gentes en desórden se juntaron á ellos, llevando sus ganados, y todos sus rebaños.

Pero habiendo salido así los israelitas del Egipto, no quiso Dios llevarlos en derecha á la tierra de Canaam por el pais de los filisteos, que está vecino y confinante á Egipto, porque no llegasen á arrepentirse de su salida, si veian luego levantarse guerras contra ellos, y se volviesen á Egipto; mas les hizo tomar un largo ro-

deo por el camino del desierto de la Arabia Petrea costeando el mar Rojo. Marchaban en orden de batalla, y no como fugitivos; y Moisés llevó consigo el ataud con los huesos de José, así como este patriarca lo habia hecho prometer ántes de su muerte á los hijos de Israel. Se cree que los capitanes de las tribus llevaban consigo cada uno el cuerpo de su patriarca; y S. Esteban en los Actos apostólicos dice con bastante claridad, que todos ellos fueron enterrados en Sichen.

El ejército de Israel partió de Socoth, y fué á Etham el segundo dia de su marcha, y de su salida: se adelantaron hácia la Arabia desierta con la intencion de pasar hácia la punta del mar Rojo, para ir de allí al monte Sinaí; pero el dia siguiente mandó Dios á Moisés que hiciese al pueblo tomar otro camino y marchar de Etham á Phihahiroth, que está entre Magdalo, y el mar, enfrente de Beelsephon.

Pero el Señor desde Ramesés, segun algunos, ó desde Socoth, segun otros, ó solo desde Etham, segun la mayor parte, dió á los israelitas una columna de nube, clara por la noche y oscura por el dia, para guiarlos en todo su camino. Los precedia por la noche en forma de un vasto meteoro inflamado, que los alumbraba; y por el dia en forma de una niebla espesa, ó de una nube oscura, que los defendia de los rayos ardientes del sol. Los acompañó desde su salida de Egipto hasta la muerte de Aron, ó aun hasta su entrada en la tierra de promision. Ella servia de señal á los israelitas cuando debian acampar ó levantar el campo:

donde ella se paraba, se paraba el pueblo, y marchaba por donde ella le llevaba; y esta era la prenda mas sensible de la presencia y proteccion del Señor.

Otra razon que habia hecho que el Señor diera orden á los israelitas de volver del camino derecho de Etham á Sinaí, para llevarlos á Beelsephon, era que Faraon se habia de arrepentir del permiso que les habia dado de irse de Egipto, y los habia de perseguir en su ida, imaginándose que los hallaria oprimidos de cansancio en los montes y desiertos, y que fácilmente los obligaria á volver al pais; pero Dios queria castigar el endurecimiento y orgullo de Faraon: queria hacer que resplandeciese su gloria en la destruccion de este príncipe, y de todo su ejército. Permitió pues, que el corazon de Faraon y de sus oficiales se mudase, respecto de los hebreos; y se dijeron unos á otros: ¿en qué hemos pensado para dejar irse á Israel, y darle la libertad? Luego pusieron los caballos en los carros de guerra, y comenzaron á perseguir al pueblo de Dios. El ejército del rey se componia de seiscientos carros, y de todos los socorros que se pudieron sacar del Egipto, añadiendo los que suministraron los gefes militares, y los particulares de la nacion. Se dieron tanta prisa, que hallaron á los hebreos cerca del mar Rojo, en Phihahiroth, donde estaban acampados.

Habiendo los hebreos visto el ejército de Faraon acampado enfrente, se atemorizaron, y dijeron á Moisés: sin duda en Egipto nos faltaban sepulturas; por eso nos habeis traído á este desierto, para que aquí perezcamos.

¿Qué necesidad habia de sacarnos de Egipto? Mejor nos hubiera sido permanecer como estábamos, que venir á morir en esta soledad. Moysés los confortó, y les dijo: que ésta seria la última vez que verian á los egipcios: que el Señor pelearia por ellos; que viviesen sosegados. En efecto, el Señor dijo á Moysés: ¿por qué levantas á mí tu voz? Dirás á los hijos de Israel que marchen: levanta tu mano, y extiende tu vara sobre el mar, y separa las aguas, para que los hijos de Israel pasen á pié enjuto por medio de su fondo: Faraon querrá perseguiros en él; mas yo sacaré mi gloria de su destruccion, y de la de todo su ejército. Entónces el Angel del Señor, que llevaba la nube de que hemos hablado, dejó la frente del ejército de Israel, y fué á ponerse á su retaguardia para cubrirle contra Faraon.

Moysés extendió pues la vara milagrosa, y el Señor dividió las aguas del mar, é hizo que soprase toda la noche un viento abrasador é impetuoso, que desecó el fondo. Estando así dividida el agua, los hijos de Israel entraron en medio del mar, teniendo las aguas levantadas como dos paredes á la derecha y á la izquierda. Habiendo en fin notado los egipcios que los hebreos habian levantado el campo, y viendo que la nube que los cubria se metia con ellos en el mar, los persiguieron, y entraron tambien en medio de la vasta abertura que el mar dejaba seca. Todo el ejército egipcio, sus tropas de á caballo y sus carros habian ya entrado en el mar, cuando el Señor hacía la punta del dia hizo

levantar contra ellos una tempestad acompañada de truenos, relámpagos, de una violenta lluvia y de vientos impetuosos que destruyeron los carros, y gente de á caballo, y al levantar Moysés su vara sobre el mar se descargaron sobre ellos las aguas del mar, que el poder de Dios habia suspendido hasta entónces á favor de los hebreos. Así todo este ejército fué sepultado debajo de las olas, sin que uno solo escapase. Algunos han sostenido que Faraon solo escapó de esta desgracia; pero Moysés dice expresamente lo contrario. Asegura que no volvió uno siquiera. Los cadáveres de los egipcios fueron arrojados por las olas á las orillas del mar; y los hebreos se aprovecharon de los despojos de este grande ejército.

El pueblo de Jacob salido habia
De Ramesés con el placer mas vivo,
Viéndose léjos del monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
Por fin ya libres conseguimos vernos.

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el poniente,
Quemaba el soplo de huracán vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo,
 Cuando volvió los ojos al desierto,
 Y viendo á los egipcios quedó yerto
 Y víctima creyóse de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran
 Que en remolinos por el aire sube,
 Y al ver que viene la anchurosa nube
 Tiemblan las tribus y en desórden giran.

Ya se oye la confusa gritería
 Del enemigo que veloz se acerca:
 ¡Ay! ¡que los carros ya se ven de cerca,
 Y de cerca se ve la infantería!

Ya se oye el galopar de sus corceles
 Que avanzan con ardor, y los bufidos
 De las yeguas de Arabia, y los mugidos
 De Apis su dios ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
 De ropage magnífico de grana,
 De armas brillantes, juventud lozana,
 Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
 Grandes, soberbios, de ademan bizarro,
 Tiran gloriosos su dorado carro
 Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvórosa
 En ruidoso tropel lo va siguiendo:
 De sus caballos y armas al estruendo
 De vanagloria el bárbaro rebosa.

¡Congoja amarga, amargo desconcierto
 Para Judá que mira allí su tumba!
 Delante de sus piés el mar retumba,
 A la izquierda y derecha está el desierto.

„¡Caudillo de las tribus! las edades
 „Gemirán al recuerdo de este día.
 „¿Sepulcros en Heliópolis no había?
 „¿Por qué morir en vastas soledades?”

„Mejor nos fuera, orillas del gran río
 „Alzar palacios, y cavar canales,
 „Que perecer en estos arenales
 „Entre las manos del egipcio impío.”

„¡Hijos del padre Abram! valor y esfuerzo,
 Dijo Moisés, la mano Omnipotente
 „Hará desaparecer toda esa gente,
 „Como las hojas que arrebató el cierzo.”

Dijo, y el ángel que en su nube envuelto
 Caminaba del pueblo á la vanguardia,
 De un paso colocóse á retaguardia,
 Como que á todo estaba ya resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
 Y el mar abrióse con terrible estruendo:
 El abismo descúbrese tremendo
 Jamas hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
 Y por medio del agua abrió camino?
 ¿Quién las suspende con poder divino
 Dejando secas las arenas hondas?

¿Quién sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién sino aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios mas profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El anciano Moisés bajó el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Aron con inclito heroísmo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas, entre tanto
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo tímidas plegarias
Lloroso el rostro, y pálido de espanto.

„Volad, el rey gritó, los fugitivos
„Caigan al golpe del ardiente acero,
„Y los que escapen del rigor primero
„Vuelvan á Tanis otra vez cautivos.”

Dijo, y la tropa en órden de batalla
Entra en el mar que encadenado ruge:
El armamento en las tinieblas cruge:
Calla el infante, y el ginete calla.

Huye, hijo de Jehová, que ya insolente
El Faraon cual tempestad avanza
Al fondo del abismo, y ya te alcanza
Entre espantosa multitud de gente.

El ángel que escuchó no muy distante
El ruido de los carros y corceles,
Volvió la cara, y viendo á los infieles
Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tembló la tierra,
Y en lluvias el nublado se desata,
Como el agua de inmensa catarata
Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
Los cárdenos relámpagos relumbran,
Ruedan los rayos que la mar alumbran
Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay que el monarca desmayarse siente!
Y sus caballos despreciando el freno,
Arrancan espantados con el trueno,
Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolacion en los soldados!
¡Y qué terror! Legiones con legiones,
Carros con carros chocan, y bridones
Con bridones se mezclan asustados.

Firme el caudillo alzó la fuerte mano
Sobre el pesado mar, y el mar revienta
Y se desploma como gran tormenta
Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidoso remolino
Envuelven al caballo y caballero,
Y al que tira la flecha, y al hondero,
Y al rey con peto, y casco diamantino.

Echan fuera las aguas entre espumas
Las espadas, las picas, los escudos,
Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
Y sus morriones de flotantes plumas.

Tambien tú, ó rey, cubierto con tu malla
Tendido estás, helado y sin aliento
Espuesto al agua, y al calor y al viento
Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
Y tu hirviente y atroz infantería?
Duermen el sueño de la muerte umbría
Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasare el árabe salvage
Detras de sus pacientes dromedarios,
Aquí hollarán tus huesos solitarios
Aquí hollarán tu espléndido plumage.

Despues de estos sucesos terribles, Moysés y los hijos de Israel entonaron al Señor el himno siguiente.

„Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero.

El Señor es la fortaleza mia, y el objeto de mis alabanzas, porque él ha sido mi Salvador: Este es mi Dios, y yó publicaré su gloria: el Dios de mis padres, á quien he de ensalzar.

El Señor *se ha aparecido* como un valiente campeon: Es su nombre el Omnipotente.

A los carros de Pharaon y á su ejército los ha pre-

cipitado al mar: sus mejores capitanes han sido sumergidos en el mar Rojo.

Sepultados quedan en los abismos: hundiéronse como una piedra hasta lo *mas* profundo.

Tu diestra ¡oh Señor! ha demostrado su soberana fortaleza: Tu diestra ¡oh Señor! *es la que* ha herido al enemigo *de tu pueblo*.

Y con la grandeza de tu gloria y *poderio* has derribado á tus adversarios. Enviaste *los instrumentos de tu cólera*, la cual los ha devorado como *el fuego* á una paja.

Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paróse la ola que iba corriendo: cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas.

Iré tras ellos, habia dicho el enemigo, y los alcanzaré: partiré los despojos, y se hartará mi alma: desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

Sopló tu espíritu ¡oh Señor! y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

¿Quién hay entre los fuertes á tí semejante, oh Señor? ¿Quién hay semejante á tí, tan grande en santidad: terrible, y digno de alabanza, y obrador de prodigios?

Extendiste tu mano, y la tierra los tragó.

Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste, y le has conducido á fuerza de tu poder á tu santa morada.

Se levantaron los pueblos, y montaron en cólera: quedaron penetrados de grande *ira* y dolor los habitantes de la Palestina.

Conturbáronse los príncipes de Edon: los valientes de Moab se estremecieron, y quedáronse yertos los moradores todos de Chanaan.

Caiga de recio sobre ellos el terror y espanto, á vista del gran poder de tu brazo: queden inmóviles como una piedra, en tanto que pasa ¡oh Señor! tu pueblo; hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido.

A estos hijos tuyos tú los introducirás, y establecerás ¡oh Señor! sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya, que tú te has fabricado: en *Sion* ¡oh Señor! santuario tuyo, que han fundado tus manos.

El Señor reinará eternamente, y mas allá *de todos los siglos*.

Porque Pharaon entró á caballo en el mar, con sus carros, y caballería, y el Señor replegó sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel pasaron por medio de él á pié enjuto."

Mientras que Moysés al frente de los hombres cantaba este cántico, María, su hermana, al frente de las mugeres, comenzó por su parte con panderos y címbalos á hacer corros y danzas, cantando el mismo cántico de victoria. Al salir del mar se encontraron en el desierto de Sur, y caminaron en él por espacio de tres dias sin hallar agua para beber; porque siendo nitroso todo este terreno, no produce mas que aguas acres y salobres, de que ni aun los animales pueden beber.



Paso del mar Rojo.